

to Rossi, que se propone darnos á conocer las más celebradas obras de los primeros dramaturgos italianos y franceses.

En el sitio que ocupa el pabellon del Gran Panorama emplazado entre el monumento del Dos de Mayo y el Museo de Pintura, se propone levantar un magnífico circo ecuestre de verano el conocido empresario Sr. Paris, que al efecto ha adquirido la propiedad de aquel.

En el teatro de Variedades ha hecho furor un nuevo sainete lírico, titulado *Vivitos y coleando*, revista de costumbres, política y teatros, que no sólo llama la atención por sus preciosos cuadros y su bella música, sino también por las bellísimas decoraciones estrenadas para esta obra, que seguramente figurará en los carteles por todo lo que resta de temporada.

La temporada del Real toca á su término, con gran sentimiento de los *amateurs*.

En Eslava ha tenido mediano éxito la obra cómica-lírica *España pintoresca*, cuyo libreto y cuya música dejan ciertamente bastante que desear.

Arderius ha licenciado la compañía de zarzuela bufa que había organizado y que ha pasado como un meteoro por el teatro de Jovellanos.

Muchas familias de la aristocracia están haciendo sus preparativos de viaje para Sevilla, donde se proponen pasar la Semana Santa y las ferias. Otras se han dado cita para pasar los mismos días en Toledo. ¡Felices los que pueden divertirse y viajar!

En tanto la cuestión de subsistencias en Madrid preocupa á los pocos hombres pensadores que consagran su atención á estos graves y tristes problemas.

Hay muchos centenares de obreros sin trabajo y más de 9.000 cuartos desalquilados, según afirman los periódicos.

Esto pone de relieve la penuria que reina y la crisis general que sienten la clase media y la clase trabajadora.

¿Por qué el Ayuntamiento y el Gobierno no hacen el diagnóstico de esta grave enfermedad?

¿Por qué? ¿Por que vivimos en España!

JUAN CERVERA BACHILLER.

LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS

Por fortuna para aquella hermosa región del mundo americano, donde se habla la sonora y rica lengua de Cervantes, han cesado las guerras, que bien pudiéramos llamar fratricidas; la tranquilidad reina en toda la América del Centro y del Sur, y comienza para aquel abundoso país una era de paz y de armonía que será utilísima á los americanos y españoles.

En el continente que el gran Colón descubrió para gloria de España y bien de la humanidad, todos los pueblos se consagran á la labor de la regeneración intelectual, industrial y económica, siendo muy de notar la actividad que se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte.

A imitación de los yankees, los habitantes de las regiones que bañan el Orinoco, el Amazonas, el Magdalena, el Hiagui, el San Francisco, el Colorado, el Plata y el Paraguay, trabajan con fe y entusiasmo por elevar aquéllas á la altura de los pueblos más prósperos y felices de ambos continentes.

Las lecciones del pasado hacen despertar á los pueblos, que en un día no lejano serán el emporio del mundo, y todos tienden á estrechar entre sí las relaciones por medio de tratados de comercio, convenios literarios, ferro-carriles, canales, exposiciones y cuanto en la época moderna facilita el tráfico y el adelanto.

La prensa de todas aquellas Repúblicas es el eco de esta especie de renacimiento, y diariamente se registra en sus periódicos la satisfacción con que los pueblos hispánicos recibieron la paz entre Chile, Bolivia y Perú; cómo contribuyen á fomentar el proyecto del ferro-carril interoceánico en Guatemala; cómo se congratu-

lan de la paz del Ecuador y de que un Gobierno sensato y liberal se halle ya al frente de los destinos de tan apreciable República, y cómo aplauden el aumento de la marina de Méjico y el camino emprendido por esta nación, construyendo ferro-carriles, creando Bancos y estrechando relaciones con los más adelantados pueblos de Europa.

Ahora mejor que nunca es la ocasión propicia de aprovechar tan benéficas corrientes en favor del pensamiento de unir más y más á nuestra patria con las indicadas naciones, y á ello contribuye también la confianza depositada por las del centro de América en nuestro monarca, á fin de que decida la cuestión de sus límites; y la apertura del istmo de Panamá, que acorta las distancias y pone en contacto más directo con el continente provincias españolas de inmensa riqueza, á quienes se augura risueño porvenir.

No sería posible hoy la formación de una sola y gran nacionalidad como la que soñó Bolívar, porque la descentralización es una de las bases de la democracia y del progreso; pero sí es posible una alianza general á los grandes fines de la humanidad, en cuya liga nadie con más títulos de cariño y de imparcialidad puede ejercer el carácter de mediadora y árbitra que España.

Esta humilde publicación, entre cuyos fines es uno de los principales *estrechar cada día más las relaciones de los pueblos que hablan el idioma español*, no perdonará medio para llenar esta noble aspiración.

Ya en parte vamos consiguiendo lo que deseábamos: á nuestras columnas acuden los ingenios americanos para hacer gala de su estro é ilustración, honrándonos mucho con ello, y no fueron pocas las cuestiones de que hemos tratado, relacionadas directamente con tan vital asunto.

Pero comprendiendo la gloria y el beneficio que á nuestra patria ha de reportar el que los pueblos americanos, cuya educación, tendencias é historia tienen tanta relación con nuestras costumbres y nuestro modo de ser, se unan entre sí y con el que en un día fué patria común, insistiremos constantemente en nuestra propaganda hasta realizar tan preciados fines; y á dicho objeto, no sólo trabajaremos día tras día y sin descanso, sino que pediremos apoyo á todos aquellos que en el antiguo continente y allende los mares puedan ayudarnos con su ilustración y con su patriotismo y alentarnos con su fe.

La religión es, como el idioma, uno de los vínculos más fuertes que nos unen á los procedentes de la raza hispánica, y por tal motivo hemos solicitado de ilustrados sacerdotes y altas dignidades de la Iglesia católica su valiosísimo concurso para obra tan útil y trascendental; y podemos decir con grata satisfacción, que pronto nuestros lectores sabrán cómo los encargados de la dirección de las conciencias fomentan y propagan aquí y del otro lado de los mares las ideas que acabamos de exponer.

De esto ya estarán bien penetrados los que mediten sobre tal problema, porque mucho antes que nadie los soldados de la fe, los misioneros cristianos, recorrieron las vírgenes regiones americanas llevando el soplo divino del Evangelio á aquellos salvajes que, viviendo entonces entregados á la barbarie, son hoy elementos importantísimos para la regeneración de tan vastos y ricos territorios.

Nuestra misión de armonía y de concordia nos inclina á apelar á todos: desde el Monarca, que por su alta posición puede influir poderosamente á la gran obra, hasta el último emigrante, que llevando en su corazón el amor á la patria y la aspiración noble de mejorar de fortuna para

volver á ella, puede ser propagador constante de estas ideas.

No son los que menos pueden también auxiliarnos los representantes oficiales en España de las Repúblicas aludidas, los cuales, por su carácter especial y la ilustración que en los mismos se supone y el interés en que están de dejar buenos recuerdos de su cargo, deberán influir en el asunto; á ellos hemos acudido y seguiremos acudiendo, y ya daremos cuenta en otro artículo de cómo se han presentado hasta ahora.

JESÚS PANDO Y VALLE.

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Á M...

Con alma y vida te amé,
que en tus ojos matadores
leí mentidos amores
y tú amor solo anhelé.

Lo que eres hoy claro veo,
y comprendo con pesar
que tú no puedes amar
y engañaste mi deseo.

Ya sin fe, sin ilusión,
perdida la bienandanza,
mi postrimera esperanza
mataste sin compasión.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA

SOLEDAD

Á DON JUAN VALERA

(Continuación.)

—¿Van Vds. á Bailén, señor Don?... ¿Su gracia de usted?

—Luis Canoro.

—¿A Bailén ó á Baeza, Sr. D. Luis?

—No tenemos itinerario fijo — respondió el capitán.

Y añadió que, como el cabecilla carlista Gomez bajaba por el camino de las Cabrillas á la loma de Ubeda, habían salido de Jaen para combatirlo, si era posible, uniéndose con otra columna despachada un día antes de Granada por el General Quiroga.

—¡Esos diablos de carlistas van á dar que hacer! — dijo D. José. — ¡Desgraciada guerra!

D. Luis miró sorprendido al padre, pues casi todo el clero español deseaba el triunfo de Don Carlos. Vino en contar D. José algunos hechos de sus campañas; y como D. Luis le preguntase si no echaba de menos el uniforme:

—No — respondió, — pues veis que llevo otro. Pero cuando tengo un soldado delante, siento algo que me escarabaja por allá dentro, y me dan tentaciones de abrazarlo como un antiguo hermano de armas.

—Cuando quiera su mercé, ya está listo — interrumpió Engracia, barriendo algunas cenizas que se habían esparcido fuera de la línea señalada.

—Vamos allá, que D. Luis debe tener apetito — dijo el padre.

Y acercándose al fondo llamó:

—¡Soledad!... ¡Soledad!...

Una joven bajó pausadamente, haciendo crujir la escalera con su peso.

—Mi sobrina — dijo el cura. — El alojado, Don Luis Canoro.

—Servidora de Vd.

—Servidora de Dios — replicó el capitán, apropiando su lenguaje á aquel centro piadoso, y

sonriendo maliciosamente al considerar la hermosura de la sobrina y la corpulencia del tío.

Hermosa era Soledad, en efecto, con su abundante cabello castaño peinado en cocas, sus expresivos y profundos ojos azules, la boca sonrosada, la nariz corta y elegante, aunque un tanto respingona. Llevaba un corpiño de terciopelo negro ceñido al talle, y una falda de percal lila claro, bastante corta para dejar al descubierto el nacimiento de una correcta pantorrilla con medias encarnadas; el pie, más bien grande que pequeño, era de una forma pura, y lo calzaba un zapatito de becerro, la obra maestra de Don Rufino Galindez, corregida y aumentada por Soledad con una hebilla de acero descosida de unos zapatos viejos de su tío.

Era reducida de busto y recia de caderas, aunque delgada. Su porte, lento de ordinario, cambiaba á veces; levantaba entónces la cabeza con arrogancia y andaba á pasos precipitados, con graciosos movimientos, produciendo con las faldas un ruido que recordaba la marcha y pataleo de las perdices en los rastrojos. Tenía mucho de esta gallinácea en las maneras y actitud, y el parecido iba hasta el carácter. Era tímida, muy miedosa, temblaba al menor rumor insólito y se levantaba azorada por las noches cuando oía ladrar á un perro. Hablaba con dulzura, muy deprisa por acaso, en general pesando las palabras; en fin, la deleitaba la uva y tenía invencibles predilecciones por un mueble, un sitio, un traje especial.

—¡A la mesa, á la mesa!—dijo D. José dando palmaditas.

Se sentó en la punta de la mesa, teniendo Soledad á su izquierda y D. Luis á la derecha. Sirvió Engracia el corderillo y fué á sentarse enfrente de su amo, que pronunció el *Benedicite* con voz grave. Comenzó la acción de las mandíbulas.

—¿Qué le parece á Vd.?—preguntó D. José.

—Excelente—respondió D. Luis, que devoraba con un estómago de veintitres años, removido por cinco leguas de camino.—¡Excelente! No he comido otro tan bien guisado.

—Favor que Vd. me hace—exclamó Engracia con los carrillos como pimientos de la Rioja y un aire muy relamido. Luégo se levantó para servir el vino á sus amos, y enjugó la boca de la botella con la punta del delantal.

—¿Hace mucho tiempo que sirve Vd., Don Luis?

—Hará cosa de un año, y tomaré la licencia tan luégo termine la guerra.

—¡Hombre! es, sin embargo, una brillante carrera.

—No lo niego; pero aunque puedan reunirse, prefiero para mi cabeza el amaranto del poeta al laurel del guerrero. No he nacido para matar ni ver morir.

Soledad levantó sus retorcidas pestañas y miró al oficial. Era la primera vez que lo miraba y fué rápida la mirada. Sin embargo, la fisonomía varonil, el continente airoso, la elegante facilidad con que manejaba el cuchillo, las manos de afilados dedos, los bigotes, los dientes blancos, los ojos negros del capitán, todo lo vió con aquella mirada, y maquinalmente volvió los ojos hacia su tío. Esta vez la comparación no fué ventajosa al sacerdote. Manifestó la misma indiferencia por la conversación, pero prestó mayor atención.

—Vaya, vaya—replicó D. José,—¡es usted poeta!

—Creo que lo soy, y hago versos—respondió D. Luis;—tal vez no valen aún nada, pero trabajaré lo que pueda por dejar algo.

Y el capitán se extendió en las ambiciones que acosaban su mente, en la admiración que

los genios españoles despertaban en su ánimo, en el entusiasmo que por todo lo grande y lo bello sentía. Hablaba con calor, con acento convencido, con sencillez y originalidad, y D. José pensó que el jóven valía.

—¿Qué género cultiva Vd. de preferencia?—dijo D. José; y como dándose contestación á sí propio, añadió:—Pero á los años de Vd. la pregunta me parece superflua: debe Vd. cantar mucho el amor.

—Es cierto; el amor puro, el amor inmenso y luminoso, tal cual lo sueña el alma, cándido en sus ardores, gracioso, placentero. Me seduce y recrea la poesía pastoril.

Soledad levantó de nuevo la cabeza, y sin mirar la mano que le servía vino, fijó la vista en D. Luis: el precioso licor cayó sobre la mesa.

—¡Señorita!—exclamó Engracia como si la arrancasen una muela;—¡el vino! ¡el vino!... Vaya por Dios—murmuró por lo bajo,—un mantel limpio de hoy.

Enjugó con un paño el vino vertido y puso delante del padre una servilleta doble para mayor precaución.

Este incidente dió lugar á D. Luis de considerar más detenidamente á Soledad, y pensó: «Soberana sobrina tiene mi patrón.» Los ojos de los dos jóvenes llegaron á encontrarse; pero hizo Soledad como si observase los botones de la casaca.

—A propósito—dijo D. José para reanudar la conversación,—mi sobrina podrá hablar á usted mejor que yo de versos y de poesía, pues pasa el santo día leyendo.

—¡Ah!... ¿Ha leído Vd. nuestros poetas antiguos, señorita?

—Sí, señor—respondió Soledad con timidez, mirando á Doña Engracia, que se apresuró á confirmar.

—¡Que si los ha leído! Vaya, de cabo á rabo los sabe mi señorita.

—Y ¿qué poeta prefiere Vd.?—insistió Don Luis.

Soledad no sabía bien el por qué, siendo una pobre jóven ignorante, pero declaró que no tenía predilección. La seducía Garcilaso por la dulzura del ritmo; Fray Luis de León, por lo profundo del pensamiento; Herrera, por la elevación y la inimitable forma; Góngora, en su primera manera, por la elegancia del concepto: entre los contemporáneos admiraba á Quintana por lo robusto de la entonación, por su ardorosa fantasía.

—Tiene Vd. muy buen gusto, señorita.

Y D. Luis pensó: «¿Quién diantre pensara hallar una erudita en sobrina de cura y en semejante poblachón?»

Se informó indirectamente, y supo por Don José que su sobrina había recibido buena educación; que además, nunca se había él opuesto á que leyese, pues así no pensaba en los novios: esta última frase la murmuró el sacerdote al oído de D. Luis con una benévola sonrisa significativa.

Entre tanto, reflexionaba Soledad que era muy simpático el oficial, que hablaba con lucimiento; y D. Luis, elevando las cejas y estirando hacia fuera los labios, se repetía: «¡Es encantadora!»

Terminado el almuerzo comenzó Engracia á levantar la mesa, Soledad saludó y se retiró, y el capitán con D. José salieron á fumar un cigarro paseando al sol por la plaza.

GARCÍA-RAMON.

(Se continuará.)

A CELIA

Triste, mi bien, estás. Quién ¡ay! pudiera
de ese desierto corazón herido
sepultar en las aguas del olvido
el recuerdo tenaz que le lacera!

Oh ¡quién del tiempo la veloz carrera
pudiera detener, y el bien perdido
tornárase á tu pecho dolorido,
y lo que fuera ayer á ser volviera!

Que es tanto lo que te amo, Celia mía,
que, aún siendo de otro amor mudo testigo,
viéndote á tí feliz, yo lo sería.

Mas en esta impotencia que maldigo,
otro consuelo darte no podría
sino, al verte llorar, llorar contigo.

TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

TRATADO HISPANO-CHILENO

Al dar en otro lugar de este número algunos apuntes biográficos del eminente hombre de Estado Sr. Santa María, Presidente de la República chilena, consignamos lo mucho que de él puede esperar aquel país; y en éste debemos felicitarle cordialmente, así como nosotros nos felicitamos y enviamos nuestra más cordial enhorabuena á los ilustres miembros del Parlamento chileno, al Ministro Sr. Aldunate, á nuestro compatriota D. Enrique Vallés, Encargado de Negocios de España en el Perú, y á D. Jovino Novoa, Plenipotenciario de Chile en dicha República, por las buenas disposiciones y acierto con que llevaron á cabo sus propósitos de establecer corrientes de amistad y concordia entre dos grandes pueblos, hermanos por su origen, por su idioma y por sus costumbres.

Hé aquí el extracto de lo que dicen los diarios oficiales de Chile correspondientes á los días 15 y 31 de Enero último, respecto al asunto con que encabezamos estas líneas.

En primer término, consignemos los puntos ó bases acordados para el tratado, que son los siguientes:

«Artículo 1.º Habrá completo olvido de lo pasado y una paz sólida é inviolable entre la República de Chile y S. M. el Rey de España.

Art. 2.º En virtud de lo establecido en el artículo anterior, quedan derogados los artículos de armisticio firmados por las altas partes contratantes en Washington, con fecha de 11 de Abril de 1871, y de ellos se dará cuenta al Presidente de los Estados-Unidos de América.

Art. 3.º Hasta tanto que se celebren nuevos tratados, se declara subsistente entre las altas partes contratantes la legalidad que precedió á la interrupción de sus relaciones.

Art. 4.º Los Gobiernos de Chile y España nombrarán sus representantes diplomáticos del mismo modo que los agentes consulares.

Art. 5.º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se canjearán en Santiago de Chile, cuanto ántes sea posible, dentro del plazo de un año contado desde esta fecha.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios lo han afirmado por cuadruplicado y sellado con sus sellos particulares.—(L. S.)—Jovino Novoa.—(L. S.) Enrique Vallés.»

Al discutirse estas bases en la Cámara popular el 4 de Enero último usaron de la palabra D. Augusto Matté, quien defendió la convención diplomática, pero censurando los procedimientos, porque, á su juicio, ántes de ponerse en ejecución debió someterse á la aprobación del Congreso; el Sr. Aldunate, Ministro de Relaciones Exteriores, quien contestó elocuentemente al Diputado por Valparaíso, prodigando frases de cariño y de consideración á España y á los españoles; y D. Julio Zegers, notabilísimo orador, que puso su inteligencia y su palabra á la defensa de la justicia y de la fraternidad internacional.

Con los tres discursos de los Sres. Matté, Aldunate y Zegers, fué aprobado unánimemente el tratado en la Cámara popular.

En el Senado se discutió el 10 de Enero, sosteniendo la controversia parlamentaria el Vicepresidente D. Adolfo Ibañez, ex-Ministro plenipotenciario de la República en los Estados Unidos, quien hizo la historia de las negociaciones diplomáticas comenzadas por el respetable Senador y D. Antonio Mantilla en Washington; el Sr. Aldunate, digno representante del Gobierno y que dirige la política internacional, y D. José Francisco Vergara, favorable al proyecto, mas no á la forma y oportunidad de su presentacion á la Cámara. Tambien en la alta Cámara obtuvo la aprobacion el tratado.

En ambas discusiones España ha recibido relevantes pruebas de consideracion por parte del Gobierno y de los Diputados y Senadores chilenos, que nosotros agradecemos como españoles creyendo que de este modo es como pueden los pueblos hispano-americanos y España llegar á tener la grande y legítima influencia que por su poder, por su laboriosidad y por su riqueza les corresponden en el mundo.

X.

REVISTA EXTRANJERA

Los alemanes y la Francia por el P. Didon.

El P. Didon, del orden de Predicadores, tan conocido por sus conferencias y por su espíritu católicamente liberal, ha publicado un libro titulado *Los alemanes y la Francia*, casi todo reducido á estudiar la influencia de las Universidades en la vida y en los progresos de Alemania. El P. Didon, por lo mismo que ama á su patria, se permite darle serias lecciones. Reconoce que Alemania está dividida en dos legiones, una de soldados y otra de estudiantes, y que la *escuela* y el *cuartel* representan las dos fases de su existencia. Apóstol de la tolerancia, dice que en el pequeño reino de Wurtemberg los católicos sufragaban los gastos necesarios para erigir un templo protestante, y los ciudadanos de esta comunión las expensas de una iglesia católica. «Lo contrario, añade, sería el reinado de la discordia y la muerte del patriotismo.» Y en otra parte formula estas preguntas y respuestas: «¿Por qué Inglaterra es tan viva y tan poderosa? Porque quiere la colonización del mundo y el imperio de los mares. ¿Por qué la Rusia misma, á pesar de tantos motivos de ruina, marcha hacia tan gran porvenir? Porque sueña la unidad de una raza vigorosa: los eslavos. ¿Por qué Italia se ha engrandecido hasta la altura de un reino de primer orden, á pesar de la revolución que ruge en ella? Porque tiene la pasión de su unidad. ¿Por qué la gran República americana asombra al mundo con su indomable actividad? Porque tiene todo un continente que poblar y fecundizar. ¿Por qué Austria, á pesar de la autoridad de sus tradiciones, está tan inquieta é incierta de su porvenir? Fáltale un gran objeto. Ha perdido la hegemonía de Alemania y vacila en ser una potencia oriental. ¿Por qué España se agita en convulsiones intestinas? No tiene una conciencia exacta de su papel como pueblo en el concierto europeo... ¿Por qué el imperio otomano está herido de muerte y se descompone en la impotencia y la senectud? ¿Le faltan los hombres, el vigor de la sangre? No, tiene sus fieros montañeses de la Anatolia, sus robustos armenios, sus árabes indomables. Pero no tiene una cabeza que pueda concebir un nuevo y grande objeto, un alma bastante bien templada para comunicar el entusiasmo é imponer la victoria. Es un cuerpo que no tiene alma, que no la puede tener; el cadáver está destinado á ser pasto de los buitres y de las águilas.»

Al describir la influencia de las Universidades, dice el P. Didon: «Cuando se examina la vida intelectual de Alemania, las veintidos Universidades del imperio son para el observador como los puntos culminantes de su sabia organización. Esas veintidos cumbres forman en la región de la inteligencia la alta cadena de montañas que domina á lo lejos la llanura, verdadera arca de agua de donde se surten los depó-

sitos superiores del pensamiento moderno, y en donde, por canales bien acondicionados, distribúyese á todos los llanos inferiores el agua viva de la ciencia universal.»

El autor, que al principio de su obra presenta copia de su matrícula en la Universidad de Berlin, nos da á conocer en todos sus pormenores la vida de los estudiantes germanos, su patriotismo vigoroso, enérgico, creador, aunque algo estrecho y nada filantrópico; nos dice que la enseñanza religiosa, hasta la de las vidas de los santos, que tan pocos leen ya entre nosotros, forma parte esencial de la doctrina universitaria, y reprende duramente á Francia la imprudente, la irracional persecución á las ideas católicas, y áun cristianas, en nombre de la República, que así abrevia sus días, se atrae responsabilidades inmensas y disminuye su prestigio ante la razón y ante la historia.

A través de los mares han encontrado un eco las palabras del P. Didon en las rimas de V. Moreno, poeta mejicano, leídas en 31 de Diciembre de 1883 en el gran teatro Nacional de Méjico. Juzguen nuestros lectores:

«Que es la ignorancia abyección;
que es la ciencia dignidad,
y no muere una nación
si alumbra la libertad
sus casas de educación.
Y así como alguien anhela
estatuas para el soldado
de alfanje y dorada espuela,
para el maestro de escuela
yo quiero un trono esmaltado»¹.

«A travers les Espagnes,» por A. Meylan.

En el libro de Meylan, corresponsal del *Siècle* en España durante la guerra civil y cantonal, libro titulado *A travers les Espagnes*, y escrito como suelen estar los de los franceses, despues de decir que habia soñado mucho tiempo con viajes á nuestro país, el bolero, elfandango, *el arriero Diego* y *el contrabandista Pedro*; despues de citar una canción que él llama andaluza y está redactada en mal catalán, oída en la *Rambla* de Barcelona; y la *Virgen de los Desamparados* de Valencia, que él llama de *los desesperados*; y la calle de Atocha, en que dice que fué muerto el General Prim, nos cuenta que al incorporarse al ejército, montado en un asno, los pasajeros le miraban atentamente y se decían unos á otros: *Es un escribano público*.

Adviertan nuestros lectores que no ha consignado en francés la frase para probar que entiende nuestro idioma. Sostiene Meylan que la lengua euskara ha tomado algunas palabras del árabe, y las cita en la página 106 de su libro. Al describirnos los párrocos de las provincias Vascongadas, dice que cuando jóvenes son unos *bons vivants*, y que más tarde se asemejan al cura de Mendon, esto es, á Rabelais. No queda sin mención en el libro que citamos Angel I, el grotesco pretendiente á la corona durante la revolución y el interregno. Al hablar de un convento de Toledo dice que sólo pueden formar parte de la comunidad religiosas de San Agustín *bien calzadas* y de *purísima concepción*: véase cómo el corresponsal del *Siècle* ha entendido estas palabras, que no han menester explicación entre nosotros. En una palabra, la obra de Meylan puede figurar dignamente al lado de muchas relativas á España y debidas á la pluma de los extranjeros, de los que, Dios mediante, andando el tiempo nos proponemos formar catálogo y juicio crítico.

Dos progresos recientes de la ciudad de París.

De dos progresos notables, cuya fecha es reciente en París, debemos dar cuenta á nuestros lectores. Uno es el observatorio meteorológico de Montsouris, al que paga la ciudad 22.600 francos anuales para estudiar la meteorología y practicar los análisis químicos y reconocimientos microscópicos que puedan interesar á la salubridad de la población. Se estudian las condiciones del aire y de las aguas, y las que distinguen unos de otros los barrios de la capital. La ciudad protege el observatorio desde 1876. Más reciente es aún el establecimiento de las conferencias llamadas *Matinées littéraires* en las escuelas municipales, pues datan de 1882. En ellas se dan á conocer á los niños por lecturas públicas las obras escogidas de los más

célebres autores antiguos y contemporáneos. ¡Qué distancia de nuestra antigua *chafallada*, y áun de los modernos libros escolares, á la referida instrucción! Esto es algo como el vapor y la electricidad aplicados á los métodos de la pedagogía¹.

De las señales de la muerte, por Bouchut.

En su obra *Traité des signes de la mort*, premiada por el Instituto de Francia, establece M. Bouchut, como preliminar á las observaciones sobre los *leichenhäuser*, ó depósitos de cadáveres de Alemania, la certeza de las siguientes señales: falta, durante cinco minutos, de los latidos del corazón cuando este órgano se ausculta en los cuatro puntos cardinales; la cardiopuntura, desaparición de la papila del nervio óptico, el matiz gris del fondo del ojo y la decoloración de la choroides, la faz cadavérica, la decoloración de la piel, la pérdida de transparencia de la mano, la falta de aureola y de phlyctene en las quemaduras cutáneas. Como signos inmediatos de la muerte, consigna Bouchut la inercia de los sentidos y de las facultades intelectuales, la relajación simultánea de todos los *sphinters*, el oscurecimiento de la córnea, el descenso de la maxila inferior y la flexión del pulgar en la palma de la mano.

Creemos prestar un inmenso servicio al público divulgando estos últimos datos de la ciencia, convencidos como estamos de que los enterramientos prematuros no son tan escasos como tal vez se cree, y ya que esta cuestión no es de vida ó muerte, sino de muerte y desesperación en las miserables víctimas de tales errores. Nuestra época se va pareciendo á la de los egipcios en que mucho se preocupa de las cuestiones de la muerte. Niño era el autor de estas Revistas cuando leía los escritos de Feijóo, y entre ellos los que dedicó á este asunto; luégo recorría las *Investigaciones sobre la vida y la muerte*, de Bichat, ese gran genio de la medicina, honra de Francia y de su siglo, y en ese libro de ciencia que se lee con tanto placer como la mejor novela, si no más, se admiraba al ver que en interés de la humanidad y del saber se espían los trámites del luctuoso proceso, más que en otro tiempo estudiaron los inquisidores y los Verres la penosa agonía de sus víctimas. A Thierry se atribuye, y á fines del pasado siglo, la idea de los depósitos mortuorios científicamente dispuestos; pero al médico Hufeland, en Alemania, corresponde la gloria de su establecimiento en Weimar. Hoy en la citada región existen muchos y muy notables, cuya fundación pertenece á fines del siglo XVIII ó á los comienzos del presente. Recomendamos á las autoridades municipales de nuestro país el estudio de la última parte de la obra debida á M. Bouchut, y rogamos á nuestros traductores que sacrifiquen alguna novela ó drama, como víctima propiciatoria, quizá no del todo inocente, prefiriendo á su versión la de un libro cuyo conocimiento prestará grandes servicios á la Administración pública y á la humanidad en general con sus prudentes consejos.

Congreso para el adelanto de las ciencias en Rouen.

En el Congreso para el adelanto de las ciencias celebrado el año pasado en Rouen (Francia), preparado por el sabio General Parmentier, cuyo nombre nos recuerda el de uno de los grandes bienhechores de la clase agrícola europea, el General ruso Venukoff dió cuenta de los trabajos astronómicos y geodésicos del ejército imperial en Siberia. No es nuevo para el que esto escribe el estado de progreso en que se encuentra dicho ejército, puesto que años pasados tuvo la honra de ofrecer al Ministerio de la Guerra español, traducido directamente del ruso, el índice de un manual general militar que desearia poseer la nación más culta. En el mencionado Congreso leyó M. Gravier una Memoria acerca de los viajeros franceses Paul Lucas, muerto en Madrid en 1737, y Jules de Blosseville; M. Alfred Raved leyó una Memoria sobre los *Vikinger*, ó piratas escandinavos; M. Jackson otra sobre la impropia denominación del *Gulph Stream*; Parmentier dió cuenta de dos vocabularios, húngaro-francés y turco-francés, y M. Gravier de un viaje á Oriente, emprendido desde 1630 á 1632 por tres magistrados de

¹ Pontich. — Administration de la Ville de Paris, 1884, ps. 750 y 713.

¹ *La República*, semanario. — Méjico, 1883.